



## Capítulo 575: Desinterés

El polvo todavía flotaba en el aire, bailando lentamente bajo la tenue luz del cielo del inframundo. El viento caliente del Abismo sopló entre los escombros, esparciendo fragmentos de piedra, trozos de cadenas rotas y el olor metálico de la destrucción reciente.

Virgilio permaneció inmóvil. Sus manos regresaron a sus bolsillos y su mirada fría e indiferente se fijó en la dirección de donde había desaparecido el cuerpo de Ingrid.

Ignoró por completo el hecho de que Amon había desaparecido sin siquiera despedirse.

Nada de esto le sorprendió. Era típico del demonio—dejar atrás el caos como abandonar una conversación aburrida.

Vergil respiró profundamente. El aire olía a hierro y ceniza.

Allí, a kilómetros de distancia, una silueta se alzaba entre las retorcidas ruinas.

Ingrid.

Ella se tambaleó y sus rodillas se doblaron ligeramente bajo el peso de su propio cuerpo. Su ropa de cuero estaba rota, su piel —antes perfecta— ahora era un mosaico de cortes y quemaduras. La sangre corría lentamente por su barbilla y goteaba sobre el suelo oscuro, desapareciendo en humo al tocar la tierra contaminada.



Por un momento, ella simplemente miró su mano.

La sangre goteaba por sus dedos.

Y ella... se rió.

Una risa baja, ronca y sin alegría.

"Han pasado... algunos años desde que sentí esto..." murmuró, mirando hacia el horizonte.

Sus ojos, rojos como brasas vivas, se encontraron con los de Virgilio.

Había algo en ellos—una mezcla de ira, respeto y un intenso deseo de demostrar algo.

"Realmente me has afectado, bastardo."

Se lamió los labios, saboreando el sabor metálico de la sangre.

Y entonces algo empezó a cambiar.

Las heridas en su cuerpo comenzaron a cerrarse lentamente —primero los cortes superficiales, luego los más profundos. El sonido era húmedo, visceral: huesos realineándose, músculos uniéndose, piel ardiendo y regenerándose con un brillo púrpura.

En menos de un minuto, el cuerpo de Ingrid Asmoday volvió a estar impecable.



Su rostro, una vez desfigurado, volvió a su cruel y salvaje belleza.

Sólo su mirada permaneció diferente—más fría, más calculadora.

Dio un paso adelante y el suelo se quebró bajo su pie.

El eco de la grieta resonó por todo el valle.

Virgilio observó impasible.

"Si el espectáculo de la regeneración ha terminado", dijo en el tono más aburrido posible, "¿podemos pasar a la verdadera razón por la que estoy aquí?"



Ingrid arqueó una ceja.

"¿Real...razón?"

"Sí", respondió Virgilio, con la calma de alguien hablando del tiempo. "Sólo vine a confirmar si vas al torneo. No me interesa pelear ni perder el tiempo. "Sólo quiero terminar con esto y volver con mis esposas"

El silencio que siguió fue... mortal.

Ingrid parpadeó lentamente. El viento agitaba su cabello plateado y el polvo bailaba a través de él.



Ella se quedó allí, mirándolo como si acabara de escuchar el mayor insulto del siglo.

"¿Tus... esposas?" Ella repitió, con un ligero temblor de incredulidad.

—Sí —respondió Virgilio, todavía mirando al horizonte, sin mirarla a los ojos.

"Tú..." —respiró profundamente, con la voz quebrada por un momento, una mezcla de ira e incredulidad— "¿acabas de ignorarme...?"

Vergil miró por encima del hombro.

"No exactamente. "Sólo estoy priorizando lo que realmente importa"



La sonrisa de Ingrid se desvaneció.

Su mirada se estrechó.

El aire a su alrededor se desplazó—la energía del Vacío comenzó a condensarse, formando pequeñas distorsiones en el espacio.

"Tú...", dijo lentamente, cada palabra rebosaba veneno —"ignórame... como si fuera un insecto"

Vergil levantó una ceja.

"Eres un demonio. "El término no está muy lejos."



La frase fue la chispa.

Ingrid desapareció.

No hubo ningún sonido.

Sólo un violento cambio de aire, y en el siguiente instante—ella estaba allí.

Justo delante de él.

La katana ya estaba desenvainada, trazando una línea plateada en el aire.

La huelga fue perfecta. Rápido, preciso, letal.

El tipo de corte que podría partir una montaña en dos.



La hoja perforó el cuerpo de Vergil con un solo movimiento —desde la clavícula hasta la cadera.

El impacto envió una ola de energía volando, enviando fragmentos de piedra y polvo en todas direcciones.

Por un momento, el mundo pareció congelarse.

El sonido del corte resonó, puro y agudo, como el grito de un espíritu.

Ingrid aterrizó detrás de él, la espada todavía goteaba sangre.



Sus ojos brillaban con cruel satisfacción.

Levantó la barbilla y respiró profundamente.

"De eso estoy hablando..." susurró. "Fue demasiado fácil."

Pero entonces—algo andaba mal.

La sangre que goteaba por la cuchilla se evaporó.

Y antes de que pudiera girar por completo, el aire vibró detrás de ella.

Virgilio no se había movido.

Él todavía estaba en el mismo lugar.



La misma mirada fría, el mismo aburrimiento en sus ojos.

Y su cuerpo... estaba intacto.

No, no exactamente.

Ahora se dio cuenta de que—lo que había cortado se estaba regenerando tan rápidamente que la carne se estaba reformando incluso antes de separarse por completo.



Había cortado un cuerpo que no obedecía las reglas.

Un cuerpo que se reescribió a sí mismo cuando fue destruido.

Los ojos de Ingrid se abrieron.

"Imposible..." murmuró. "Ni siquiera el Vacío puede hacerlo tan rápido..."

Virgilio giró lentamente el cuello y el sonido seco de las vértebras moviéndose resonó en el aire.

"¿Ya terminaste?" preguntó con voz tranquila, casi suave.

Ingrid dio medio paso atrás, su corazón latía más rápido, pero su orgullo gritaba más fuerte.

"¿Crees que esto me asusta?"

Vergil respiró profundamente y dejó escapar un suave suspiro.

"No. Pero me molesta."

El suelo a su alrededor comenzó a vibrar —no con poder explosivo, sino con pura presencia.

Maná azul, denso y frío, se acumulaba alrededor de su cuerpo como niebla viva. El espacio se distorsionó y las piedras comenzaron a flotar.



Ingrid reaccionó instantáneamente, lanzándose hacia adelante con un breve grito, mientras la katana giraba en un arco hacia abajo.

Virgilio levantó la mano.

De la nada, se formó un muro de energía translúcida entre ellos— y su ataque se detuvo, congelado en el aire.

Las chispas bailaban en el punto de contacto, el metal de la hoja vibraba como si estuviera gritando.

Virgilio dio un paso adelante y el muro de energía se disolvió—, pero también lo hizo su ataque.

Ingrid sintió que algo andaba mal —un peso en el pecho, una presión asfixiante.

El aire a su alrededor se volvió pesado, como si mil toneladas de agua fueran empujadas hacia ella.

"Eres rápido", dijo Vergil, con un tono bajo y controlado. "Pero no entiendes la diferencia entre fuerza y poder"

Él desapareció.

Ingrid apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Un segundo después, algo golpeó el suelo bajo sus pies —un puñetazo, pequeño, directo, pero la fuerza... fue inmensa.



La tierra se abrió formando un cráter y el impacto resonó durante kilómetros.

Olas de energía corrieron por el suelo, agrietando el terreno y arrojando polvo al cielo.

Ingrid fue arrojada hacia atrás, su cuerpo giró en el aire antes de caer de rodillas, sin aliento.

"Tú..." murmuró, jadeando. "No eres un demonio común y corriente..."

Virgilio se acercó lentamente.

"¿Te han dicho eso antes?"

Apretó los dientes, se levantó de nuevo, con la mirada ardiente de ira y el deseo de demostrar algo.

"No me humillarás..."

Vergil simplemente observó, sus ojos brillaban con una luz helada.

"No pretendo humillarla, condesa."

"¡Entonces ¿qué pasa?!" Ella gritó, apuntándole con su espada.



"Es sólo que estoy aquí contra mi voluntad" —Vergil levantó la mano derecha y el espacio a su alrededor tembló— "...No me importa esta mierda, sólo quiero volver a acostarme con mis esposas otra vez. Así que adelante."

El aura azul explotó.

El viento se levantó como un huracán y, por un breve momento, el mundo pareció doblarse alrededor de Virgilio.

Ingrid tuvo que clavar su espada en el suelo para evitar ser arrojada.

Aun así, había una sonrisa en sus labios.

Una sonrisa loca.

"Por fin..." susurró, con los ojos brillantes. "Alguien que pueda hacerme sentir vivo."

Virgilio meneó la cabeza y suspiró.

"Mujeres del inframundo..."

El suelo bajo sus pies todavía temblaba, agrietándose en líneas irregulares que se extendían hasta el horizonte. El viento del Abismo rugió a través de las grietas, llevando el eco de una energía antigua, casi sensible, como si la Noche misma observara este enfrentamiento con oscura curiosidad.

Virgilio permaneció quieto, el aura azul ardía a su alrededor, distorsionando la luz y el espacio. Sus ojos, fríos y tranquilos, contrastaban con el caos que



emanaba a su alrededor —la serenidad de un depredador que no veía ningún propósito en matar, pero lo hacía por pura eficiencia.

Ingrid lo miró fijamente, con su cabello plateado ondeando al viento y su sonrisa torcida creciendo en medio del calor de la confrontación.

"Hablas demasiado para alguien que dice que no le importa", bromeó, secándose la sangre del rabillo de la boca.

"Y sigues hablando, incluso después de haber perdido la mitad de tu mansión y tu dignidad junto con ella", respondió Vergil sin emociones, sin siquiera cambiar de tono.

Ella se rió.



"La dignidad es para aquellos que tienen tiempo para preocuparse. Tengo algo mejor... curiosidad."

Antes de que él pudiera responder, ella desapareció nuevamente. Esta vez, ni siquiera el aire cambiante delató su movimiento—el espacio simplemente cedió.

Vergil movió un dedo y una fina hendidura azul cortó el aire junto a su cabeza. La espada de Ingrid pasó a una pulgada de su cara, trazando una fina línea de sangre que se evaporó antes de tocar el suelo.

"Mejor", murmuró. "Más tranquilo."



Giró, cortando en diagonal—Vergil bloqueado con la palma abierta. La espada tintineó como si hubiera golpeado el acero celestial. El impacto envió una onda de choque que abrió cráteres a su alrededor.

"Maldita sea... ¿qué eres?" Ingrid silbó, forzando su peso contra él.

